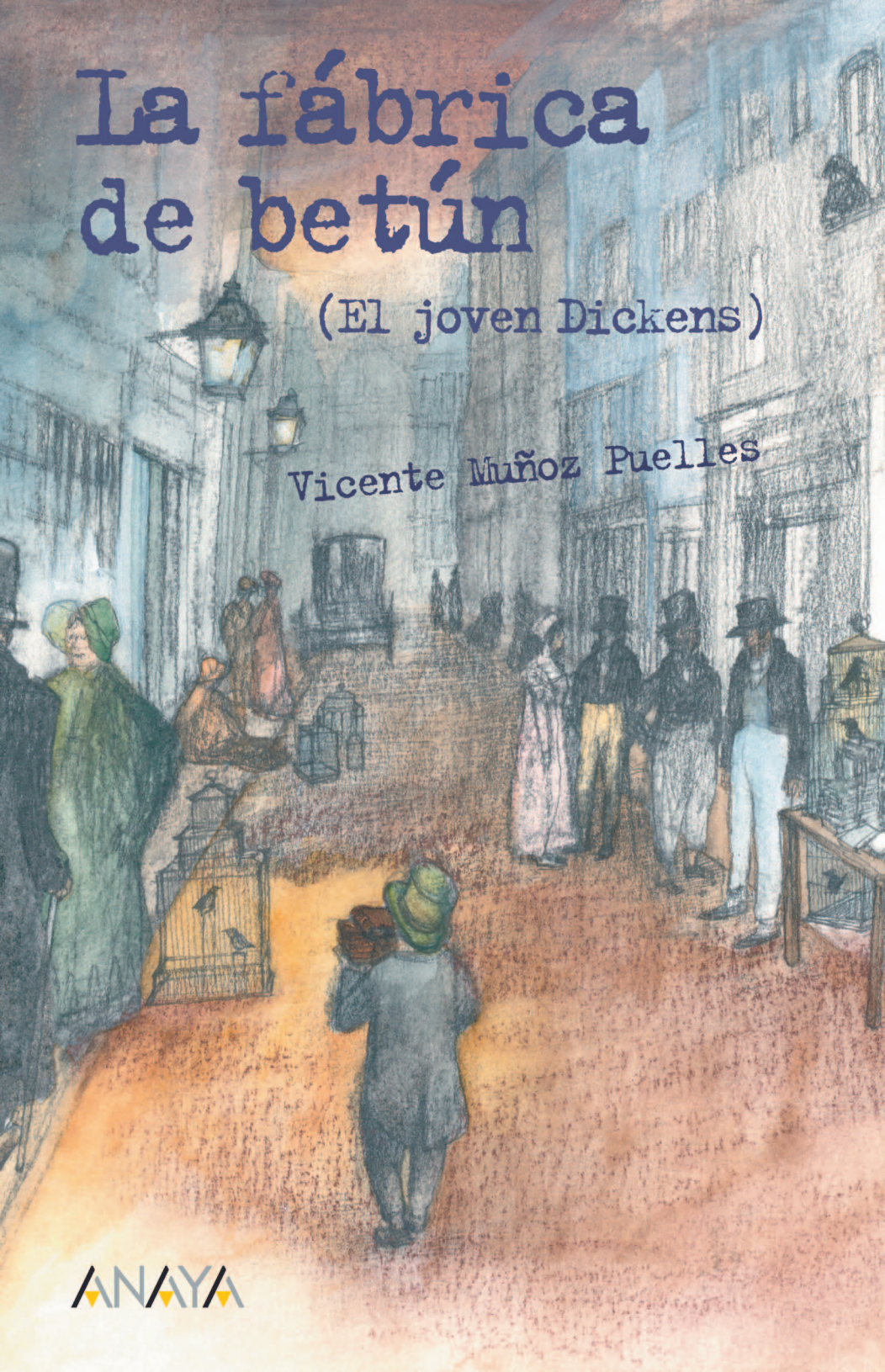


La fábrica de betún

(El joven Dickens)

Vicente Muñoz Puelles



1.ª edición: enero 2012

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2012
© De la ilustración: Irene Fra, 2012
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-2900-6
Depósito legal: M. 212-2012
Impreso en ANZOS, S.L.
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

La fábrica de betún

(el joven Dickens)

Vicente Muñoz Puelles

Ilustración

Irene Fra

ANAYA

—No crees en mí —observó el espectro.
—No —respondió Scrooge.

CHARLES DICKENS. *Canción de Navidad*

Índice

PRIMERA PARTE	11
I. El espectro de Dickens	13
II. Primeros años	31
III. La infancia dorada	49
IV. El cuervo	75
SEGUNDA PARTE	93
V. La fábrica de betún	95
VI. La cárcel de deudores	112
VII. La última visita	128
TERCERA PARTE	147
VIII. El primer encuentro	149
IX. Mi mejor amigo	164
X. La despedida	178

PRIMERA PARTE



I

El espectro de Dickens

Digamos, para empezar, que Charles Dickens estaba muerto. De eso no cabía duda.

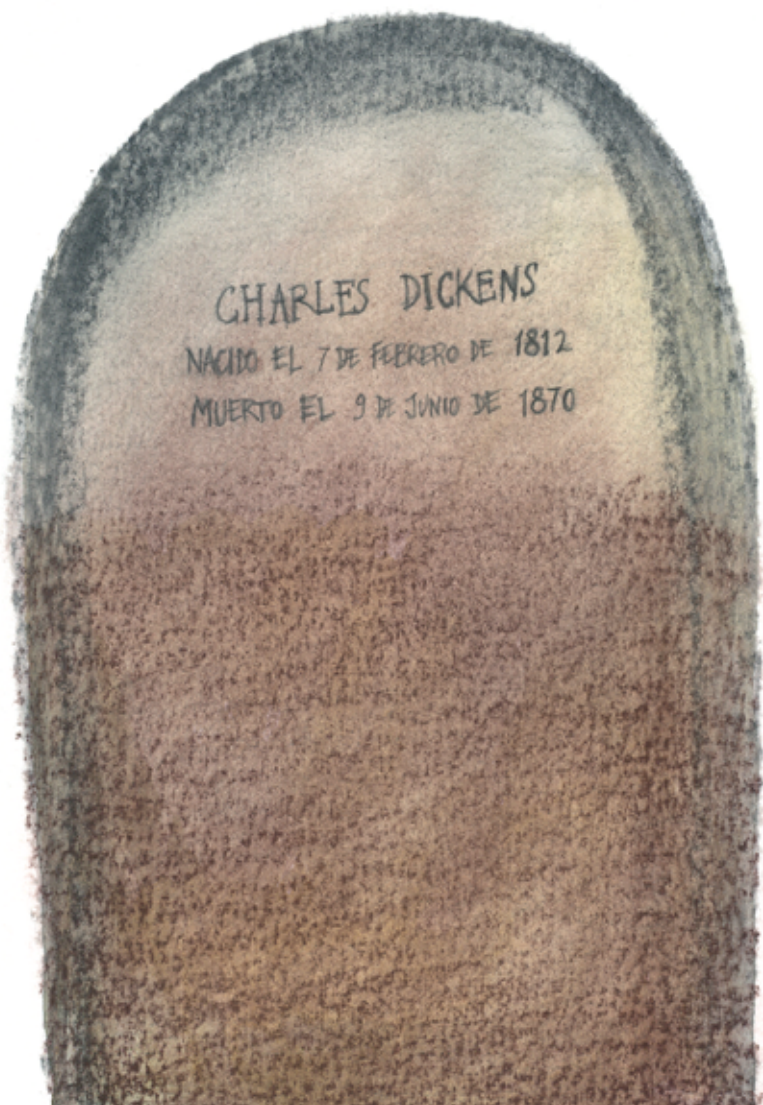
Yo lo había visto pocas horas después de que sufriera un ataque de apoplejía, en su casa de Gad's Hill, cerca de Rochester, en Kent. Estaba acostado en un sofá verde muy estrecho y respiraba profundamente, pero ya había perdido el conocimiento, y sus hijas, que acababan de llegar en tren desde Londres, como yo, hablaban en voz muy baja y andaban de puntillas. Pasamos toda la noche velándolo, pero no mejoró.

Lo había visto también en el ataúd de roble donde lo habíamos colocado la tarde siguiente, y me había despedido de él con un beso en la frente, porque era mi mejor amigo.

Había visto descender ese mismo ataúd, días después, a la sepultura excavada en el Rincón de los Poetas de la abadía de Westminster, junto a los monumentos a Chaucer y a Shakespeare, otros maestros del idioma inglés. Y me había estremecido al observar a miles de personas que desfilaban respetuosamente junto a la fosa, agradecidas por los buenos ratos que Dickens les había

proporcionado, y arrojaban al interior rosas blancas y rojas.

Más aún. Había llegado a contemplar su lápida, en la que, como él mismo había pedido en su testamento, su nombre estaba escrito con sencillas letras inglesas. La inscripción decía con claridad:



Y una lápida ha de significar algo, creo yo, porque se coloca sobre una tumba y en teoría es para siempre. La persona enterrada difícilmente puede corregir lo que está escrito en ella, y los demás prefieren pensar en otras cosas.

Así que, como he dicho antes, y por mucho que a los que habíamos sido sus íntimos nos costara acostumbrarnos a su ausencia, Dickens estaba muerto.

Pasaron las semanas y los meses, pero para mí era como si todo acabara de ocurrir. A veces me sobresaltaba al ver su rostro entre la multitud, por la calle, o al divisar su silueta, al pasar, entre los árboles de un parque. Incluso me había parecido reconocerlo, brindando con entusiasmo por su propio recuerdo, entre los asistentes a un homenaje que algunos de sus antiguos amigos, que nos habíamos bautizado a nosotros mismos como los Dickensianos, le habíamos tributado en el *Café Royal*.

Sabía que esos eran juegos de la imaginación, que uno tendía a proyectar las imágenes de los ausentes en lugares donde los había visto antes, y que no había nada extraño ni anormal en ello. Y menos en mi caso, porque yo era su mejor amigo, como ya he dicho, y durante muchos años le había servido como abogado en sus asuntos literarios y había corregido las pruebas de la mayoría de sus novelas.

Es más, llevaba algún tiempo reuniendo material para escribir su biografía y pasaba buena parte del día revisando papeles que llevaban su propia letra, princi-

palmente cartas que él mismo me había enviado, y también los manuscritos de sus obras, que yo había heredado a su muerte. ¿Cómo no iba a imaginar de vez en cuando que me lo encontraba, si pensaba tan a menudo en él?

La noche del pasado 9 de septiembre, Eliza, mi mujer, acababa de retirarse. Me acuerdo bien de la fecha porque se cumplían tres meses exactos de la muerte de Dickens. Habíamos tenido invitados a cenar, pero ya se habían ido, y yo estaba en la biblioteca, dándole instrucciones a mi criado, John Derrick, antes de que se acostara.

Mientras le hablaba vi que uno de los paneles de roble, que en realidad es una puerta falsa, se abría a sus espaldas. Pensé que Eliza habría bajado en busca de algún libro para conciliar el sueño, pero no. Una figura masculina se asomó y me hizo señas con vehemencia, como si quisiera que dejara lo que estaba haciendo y me apresurase.

Me quedé de piedra, porque no esperaba a nadie y además aquella figura, aunque mantenía su rostro en la oscuridad, se parecía extrañamente a Charles Dickens.

Intentaba reponerme de mi asombro, y me decía a mí mismo que debía de tratarse de otra alucinación pasajera, cuando el misterioso visitante se apartó y cerró la puerta. Me volví hacia mi criado, apoyé la mano en su pecho con cierta brusquedad y le pregunté:

—John, ¿podrías creer que me ha parecido ver...?

—¡Oh, Dios mío! —me interrumpió, y me di cuenta de que temblaba violentamente—. Sí, señor, ¡ha visto al señor Dickens haciendo señas!

—Pero ¿lo viste tú también? —pregunté con cierto alivio.

—¿Yo? No. Si lo hubiera hecho...

Se dio la vuelta, miró a su espalda y dejó la frase sin acabar.

—Entonces, ¿cómo sabes que lo he visto yo?

Derrick tragó saliva, confuso.

—No lo sé, señor. Me ha parecido que era eso lo que iba a decirme.

Pensé que llevaba veintitantos años conmigo, desde antes incluso de mi matrimonio, y que me conocía bien. Pero no dejaba de sorprenderme que hubiera adivinado mi intención hasta ese punto.

Mandé a Derrick que trajera el *brandy* que se guardaba allí mismo, en un pequeño armario oculto tras otro panel. Le serví un trago y tomé otro.

Luego me pidió permiso para acostarse y naturalmente se lo di. Salió por la puerta que daba al vestíbulo. Al cabo de un rato, con una copa todavía en la mano, abrió la puerta falsa, que conducía a mi despacho.

Charles Dickens estaba sentado ante mi escritorio, a la luz de una lámpara de cristal verde. Curioseaba entre mis papeles, muchos de los cuales habían sido suyos o se referían a él. Al verme, los ojos le relampaguearon de júbilo.

—Así que ahora estás trabajando en esto, ¿eh? —Se levantó y me mostró una hoja, en la que yo había intentado esbozar una cronología de su vida—. ¿Crees que estás suficientemente preparado, que sabes tanto de mí como para escribir un libro? —Se echó a reír, sin dejar de mirarme—. Vamos, John, ¿qué te pasa ahora? ¿Sabes que eres la primera persona a la que me aparezco? ¿Te ha comido la lengua el gato? No me digas que te impresiona tanto volver a verme. ¿Es eso? Porque hace un rato sí que hablabas a gusto con el bueno de Derrick. Que si las luces, que si el desayuno, que si el encuadernador... ¡Pobre hombre! Bastante hace con aguantarte. Anda, cuéntame. ¿Vas a escribir su biografía también?

Era su voz inconfundible, seductora y llena de matices. Y era suya aquella manera de ir pasando de un tema a otro, como si lo importante fuera estar siempre en movimiento, cambiando de temas y de imágenes y sin tomarse nada demasiado en serio. También eran suyos aquellos bondadosos ojos azules, en los que bajo la permanente alegría se adivinaba una leve tristeza. Y eran suyos aquel cabello gris y escaso que se le arremolinaba a los lados, sobre las orejas, como si llevara rodetes, y aquella barba deshilachada, que tanto me recordaba los bajorrelieves de los reyes asirios. Si acaso, su rostro parecía algo más tranquilo y relajado que las últimas veces que lo había visto.

Vestía como de costumbre, con su corbatín ancho, su levita de solapas de terciopelo y su chaleco. Solo que

de su cuerpo y de su ropa solo se apreciaban el contorno y las líneas generales. El resto era casi transparente, o mejor translúcido. Si uno miraba a través de su chaleco, y desde luego yo lo hice, podía ver, aunque de manera borrosa, los dos botones traseros de su levita. Dicho de otro modo, más que una persona de carne y hueso o que un retrato de Charles Dickens al óleo parecía una acuarela desvaída o un boceto a lápiz trazado por un dibujante inseguro.

—Te he decepcionado —continuó—. No soy el que era.

—No tienes muy buen color, la verdad.

Me arrepentí enseguida de haber hablado. Al hacerlo le había dado el derecho de réplica, y eso nos llevaba obligatoriamente a mantener una conversación. Y no es, entiéndaseme, que yo no quisiera hablar con Charles Dickens, pero me contrariaba que, después de todos los esfuerzos que hacía para convencerme de que estaba completamente muerto, aquello, lo que fuese, su espectro errante o una proyección de mis propios sentimientos hacia el difunto, se presentase a medianoche en mi despacho y me obligase a trabajar en la dirección contraria, esto es, a aceptar que había algo de él, y no solo sus obras, que había sobrevivido a la muerte.

Además, dudaba de que, pese a todas las apariencias, mi amigo estuviera bien representado en aquel sujeto nebuloso. Dicho de otro modo, yo había querido a Dickens en vida, pero dudaba de que su sucedáneo,

porque inevitablemente tenía que serlo, mereciese el mismo afecto. Una cosa es el original y otra la copia, por perfecta que sea.

El sujeto en cuestión me miró con sorna. Por un momento sospeché que tenía la habilidad de leer mis pensamientos.

—Mi color no se debe al aire malsano de la tumba, sino a tu lámpara —dijo, y señaló el cristal verde de mi lámpara de mesa, que lo bañaba todo con una luz mortecina—. No crees en mí, ¿verdad?

—No del todo —contesté con cautela.

—Pero ¿no me ves? ¿No me oyes perfectamente? ¿Acaso no estás hablando conmigo? —preguntó con una voz impostada, jovial, como si recitara, actitud que, lo reconozco, también era muy propia de él—. John, ¿por qué a estas alturas te pones a desconfiar de tus sentidos?

—Porque siempre he sabido que mis sentidos son engañosos, como los de todo el mundo. ¿Quién me asegura que no eres fruto de una pesadilla, de una digestión pesada o de un exceso de *brandy*?

—Mucho debo de haber cambiado para que me confundas con esas cosas. ¿O es que esta noche has comido y bebido más que de costumbre? —me preguntó, burlón.

—¡Claro que no!

—¿Y entonces? —preguntó, al tiempo que me mostraba las palmas de las manos y me daba a entender que él, por su parte, no tenía nada que ocultar.

Iba a contestarle que simplemente no estaba preparado para tener una relación prolongada con un fantasma cuando advertí dos detalles, que para cualquier otro habrían carecido de importancia pero que para mí eran significativos. Uno, que Dickens llevaba puesto un anillo de plata trenzada, con el que había sido enterrado y que había pertenecido a una persona muy querida por él. Dos, que no llevaba cadena en el chaleco ni, por lo tanto, reloj de bolsillo. Recordé, emocionado, que me había legado el reloj en su testamento, y que por casualidad estaba allí mismo, a su alcance.

—Abre el cajón de arriba. No, el de tu izquierda —le pedí, señalando el escritorio.

Lo hizo y sonrió al descubrir su reloj de oro, con la cadena y demás accesorios. Se lo llevó al oído y permaneció un rato contemplando la esfera.

—Es un reloj especial. Lo apreciaba mucho —dijo con añoranza—. Me lo regalaron los buenos relojeros de Coventry, con motivo de una lectura pública. Les prometí que lo llevaría siempre, incluso cuando mi tiempo se acabara. Pero luego pensé que era más práctico dejártelo a ti. Veo que sigues dándole cuerda, pero que todavía —señaló mi chaleco— llevas encima el de tu padre. En tu lugar yo haría lo mismo. El de mi padre, en cambio, debió de quedarse en alguna tienda de empeño.

Comprendí que solo él, es decir el auténtico Dickens, podía conocer aquellas particularidades, y me ofrecí a devolverle su reloj.

—No, gracias —me contestó—. Me sigue gustando mucho, pero medir el tiempo ha dejado de tener utilidad para mí. Y donde estoy no me permitirían llevarlo. Hay algunas reglas, ¿sabes? Los otros espectros se quejarían. Con decirte que está mal visto reírse a carcajadas, y que se oye hasta la caída de un alfiler...

Quise darle un abrazo, porque ya me había convencido de que básicamente era él. En el fondo, por mucho que me resistiese, todo el tiempo había deseado que lo fuera.

Temía que se apartase o que mis brazos se limitaran a arañar el aire, pero no sucedió ni una cosa ni otra. Nos abrazamos al mismo tiempo y nos dimos palmadas en la espalda. Despedía un leve olor a moho, y me pareció que había adelgazado mucho. Prácticamente estaba en los huesos. Se lo comenté y se burló de mí.

—¡Querido John! ¿No será que tú has engordado por mí? —Me hundió un dedo en el vientre, como si fuera un cuchillo—. Lo que pensaba. Te has puesto a competir con la morsa del zoo. Y ese reumatismo, ¿cómo va?

—Lo tengo a raya —contesté—. ¿Y tu gota?

Hizo un gesto de extrañeza, como si le costara recordar unos dolores que durante sus últimas giras se habían convertido en un tormento.

—¡Ah, aquello! —respondió al fin—. Después de mi muerte, el pie dejó de molestarme. —Se quedó absorto,



con el entrecejo fruncido—. Dime, ¿eso de ahí es lo que parece? ¿Soy realmente yo?

Me volví. El objeto que llamaba su atención era una copia de la mascarilla de yeso que Thomas Woolner, el escultor, le había hecho delante de mí en su lecho de muerte.

Fui a descolgarla de la pared para que pudiese verla de cerca, pero me detuvo:

—No, déjala ahí. Nunca me gustaron las máscaras. Pero esa... Es curioso. Más que muerto, parezco dormido. Y estoy más joven, ¿no crees?

—Siempre oí decir que la muerte suaviza los rasgos.

Se llevó una mano a la cara y se la pasó lentamente por la frente, el contorno de los ojos y las mejillas.

—Quizá sea cierto. Hasta mi piel parece más suave.

Poco después, su mirada inquieta se detuvo en otro punto de la habitación.

—Y ese cuervo, ¿no es Grip? —preguntó con ansiedad, señalando una urna de cristal que reposaba en una estantería.

Le contesté que sí. Grip había sido el cuervo de Dickens. Lo habíamos encontrado cuando era un polluelo, durante uno de nuestros paseos a caballo, hacía muchos años. Mi amigo se lo había llevado a casa y lo había criado. Con el tiempo se había convertido en un ave espléndida, con un fuerte pico y un brillante plumaje negro.

Dickens le enseñó algunas palabras y le dio un papel parlanchín en una de sus novelas, *Barnaby Rudge*. Pero

no había sido la única contribución de Grip a la historia de la literatura. El escritor estadounidense Edgar Allan Poe, que había leído y escrito una crítica sobre *Barnaby Rudge*, se inspiró en él para componer *El cuervo*, el más popular de sus poemas.

Tras la muerte de su querido Grip, Dickens lo mandó disecar. El taxidermista lo había montado en la urna sobre una rama seca, con un paisaje en miniatura pintado al fondo. Miraba levemente de reojo y tenía un aire inquisitivo.

—Cuando lo vi en la subasta de tus pertenencias —le expliqué a Dickens—, decidí comprarlo. Para un extraño solo habría sido el cuervo del autor de *David Copperfield*. A mí, en cambio, me recordaba muchas cosas: los picotazos que nos daba, las lombrices que había que buscarle, la manera atenta con la que te observaba mientras escribías, como si tuviera intención de aprender...

—No sabía que se hubiera hecho una subasta.

—¿Cómo ibas a saberlo? Nadie de tu familia quería quedarse a vivir en Gad's Hill. Decían que había demasiados recuerdos, y que habías dejado un hueco demasiado grande. Así que hubo que vaciar la casa.

—Mis hijos siempre fueron unos manirrotos, como mi padre. Pero, en fin, supongo que tú, como buen albacea, habrás hecho cumplir mi testamento, y le habrás dado a cada uno lo que le tocaba.

—En ese sentido no tuve problemas.

Me preguntó cómo podría agradecerme todo lo que había hecho por él y por los suyos.

—Ya me lo agradeciste —le contesté—. Me dedicaste la primera edición de tus obras completas, ¿recuerdas?

De pronto reparó en la copa que yo había dejado sobre el escritorio.

—¿Es eso *brandy*?

—Sí, claro.

—Me vendría bien una copa. Pero prefiero oporto, si tienes. Padezco auténtica sed de oporto. Es como si llevara años sin probarlo, aunque solo han pasado unos meses.

—Te lo hubiera ofrecido antes, de haber sabido que podías beber.

—Puedo, siempre que sea con moderación y no llene el limbo de botellas vacías. Allí son muy rigurosos en ese aspecto.

Volví con la botella de oporto y otra copa.

—¡Por nuestros espectros, presentes y futuros!
—brindó Dickens, cuando le hube servido.

—¡Y por Grip, el mejor de los cuervos! —dije yo, y chocamos las copas.

Vi cómo el líquido carmín se deslizaba por la garganta translúcida de mi amigo, desaparecía tras su corbatín y seguía bajando.

—¡Pobre Grip! —exclamó poco después—. Quizá deberías sacarlo de esa urna siniestra.

—No es un lugar tan malo —dije—. Al menos ahí dentro está a salvo del polvo.

—Tienes razón —concedió Dickens—. ¿Para qué sacarlo, si no puede volar? O quizá sí podría. ¿Por qué no puede haber cuervos fantasma, si hay fantasmas humanos?

—No lo sé. Tú eres el fantasma, no yo.

—El caso es que yo no los he visto. Pero, naturalmente, puede haberlos. Hasta es posible que tengan su propio limbo.

Volví a llenarle la copa, aunque me pareció que ya estaba algo achispado. Como él mismo decía, llevaba mucho tiempo sin beber. Quizá los fantasmas sean especialmente sensibles al alcohol. ¡Es tan poco lo que sabemos realmente de ellos! Sin embargo, todos estamos destinados, tarde o temprano, a transformarnos en uno.

—¿Puedo preguntarte algo? —me dijo Dickens—. ¿Qué piensas hacer con todo esto? —Abarcó la habitación entera con un gesto—. ¿Un museo dedicado a mi persona o una chatarrería?

—Solo pretendo escribir tu biografía —le contesté—. Y pienso que todas estas cosas, que están relacionadas contigo, pueden ayudarme.

Apuré la copa y se quedó reflexionando.

—Te propongo una cosa —me dijo—. Te ayudaré a escribir ese libro. Podrás preguntarme lo que quieras. Información de primera mano, garantizada. Y tú, a cambio, me acompañarás a visitar ciertos lugares donde



transcurrió mi vida. Algunos los conoces, y otros no. Además —aquí bajó la voz—, hay cosas que no he contado a nadie.

—Me parece un buen trato. Pero ¿qué ganarás tú?

—En primer lugar, saldaré mi deuda contigo. Y no solo la mía, sino la de mi familia. En segundo lugar, podrás escribir una biografía más completa, y eso también redundará en mi favor. Y, en tercer lugar, me encantará volver a salir de excursión contigo. Soy demasiado inquieto para estar simplemente muerto, tendido bajo el suelo de esa vieja abadía o perdido en una especie de limbo, sin hacer nada más. ¡Si supieras cuánto añoro nuestros paseos por Londres, sobre todo los que dábamos al principio, cuando éramos jóvenes y teníamos tanto de que hablar! ¿Te acuerdas?

—Pues claro —contesté—. Fue la mejor época de nuestras vidas.

—Al menos una de las mejores —matizó—. Por eso me encantará acompañarte.

—Pero no esta noche —bostecé—. Tú quizá no necesites descansar, pero yo sí. ¿Cuándo crees que podríamos empezar? —le pregunté.

—No lo sé... Quizá mañana por la noche.

—Me parece bien. ¿Aquí mismo, a las doce?

—De acuerdo —asintió—. Te propondría quedar a medio camino, pero me temo que a ti te resultaría imposible llegar.

Le pregunté si sería puntual.

—Si he de serlo, me vendría bien tener un reloj como este —dijo, señalando el cajón.

—Ya sabes que puedes quedártelo. Pero ¿te permitirán tenerlo allí donde vas?

—Ya se me ocurrirá algo.

Lo sopesó y se lo colocó en un bolsillo del chaleco, con la esfera mirando hacia dentro. Luego se colgó la cadena de un ojal y se pavoneó un poco.

—¿Qué tal?

—Perfecto. Se nota que era tuyo.

Me ofrecí a acompañarlo a la calle.

—¿Acompañarme a la calle? —repitió Dickens, y soltó una risa silenciosa—. Te enseñaré un nuevo truco.

Con decisión, dio unos pasos hacia la pared. Yo estaba convencido de que iba a recibir un buen golpe, pero traspasó la estantería como si no existiera y desapareció en un instante, misteriosamente, sin levantar ni una mota de polvo.